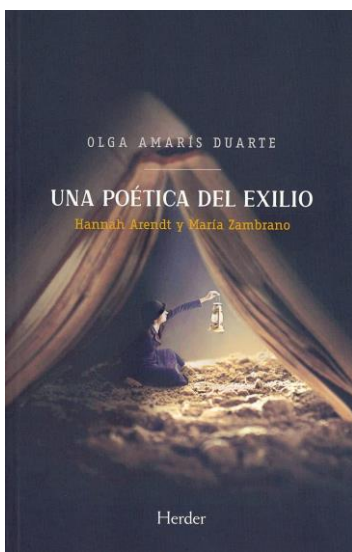


## PALABRAS EN CONTRAPUNTO

Olga AMARÍS DUARTE, *Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano*. Barcelona, Herder, 2021, 320 pp. [versión digital de la colección eLibro Cátedra España, disponible en <https://elibro.net/es/lc/unizar/titulos/172233>].



Hay palabras que cruzan las fronteras, que avanzan más allá de la tierra conocida rompiendo los límites como semillas impulsadas por el viento, como voces nómadas de raíces móviles que se lanzan al vuelo, palomas mensajeras que surcan los confines terrestres de la patria parcelada hacia el reino unitario del espacio aéreo, siempre buscando su ansiada libertad, conscientes de que los lindes políticos de la nación-Estado en la que nacieron y anidaron no podrán jamás sumir al lenguaje en la oscuridad de las constricciones patrióticas de un entorno acotado ni tampoco de una única lengua concreta. Fueron muchas las diferentes palabras de este cariz que cruzaron las fronteras con Francia en torno a 1939, palabras peregrinas movidas por la humillación de la diáspora, por el dolor antes inconcebible de verse despojadas del entorno que hasta entonces las

había acogido, desprotegidas en el espacio inhóspito de su errancia, dolidas por la marcha habitualmente involuntaria de su lugar de origen para tratar de fundar a partir de ese estado personal cercano —o idéntico— a lo ruinoso los cimientos de una *vita nova*, enfrentándose para ello constantemente a una intensa crisis personal y a frecuentes choques culturales.

Palabras como estas fueron las de Hannah Arendt y María Zambrano, dos de las pensadoras más relevantes del siglo pasado, que marcharon al exilio en 1939 por distintos motivos, la primera por su condición de judía alemana en tiempos de la *shoah*, y la segunda como una de las mujeres que integraban el grupo de Las Sinsombrero en el Lyceum Club Femenino, una intelectual española republicana que tuvo que huir del país al terminar la Guerra Civil. Es precisamente a estas dos autoras a las que Olga Amarís Duarte (Madrid, 1979), doctora en Filosofía, pone a dialogar —no solo metafórica sino también literalmente, puesto que el epílogo de su ensayo termina con un diálogo figurado entre las dos pensadoras basado en los puntos en común sobre los que podrían haber conversado en el caso de haberse encontrado y haberse reconocido como indagadoras de unos mismos asuntos y un imaginario semejante— en su obra *Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano*, un ensayo comparado en el que analiza con una fina inteligencia las vidas y las obras de

ambas pensadoras y las pone en contrapunto. Por medio de esta técnica no solo se aproxima a la idea contrapuntística de Edward W. Said relacionada con una visión poliédrica y heterodoxa del exilio, sino que también establece un cruce entre dos autoras que, pese a no haberse conocido en vida, sí que confluyeron en sus intereses y en varios de sus motivos fundamentales, y por eso resulta tan enriquecedor asistir en estas páginas al momento preciso en el que dos voces independientes que nunca interactuaron ni se condicionaron de ninguna manera pueden finalmente dialogar de algún modo, encontrar el correlato de su mismidad en la otredad y hallar así su equilibrio armónico gracias a la nueva perspectiva que Amarís Duarte nos brinda, con temas interrelacionados tanto en su obra —la concepción del exilio como trascendencia, el rito iniciático hacia la luz de un entendimiento sublimado y los entrecruzamientos de catábasis y anábasis— como en su vida —la infancia, la enfermedad y el choque lingüístico— y en su imaginario simbólico —el corazón, el amor, el aislamiento y el alumbramiento del pensamiento—.

Si comenzamos por la textualidad en la que ambas autoras reafirman su pensamiento en un soporte material gráfico de memoria para que este pueda ser recuperado a través del tiempo, vemos cómo la concepción que muestran en lo relativo al exilio y a la relación que mantienen con su condición diaspórica dista en cierta medida de la idea penosa que nos embarga cuando pensamos en estos temas. Si bien es evidente que el desarraigo personal de esta marcha forzada del país de origen supone siempre una crisis muy fuerte que conlleva sufrimiento y mucho sacrificio para poder prosperar, Olga Amarís Duarte, por medio de las experiencias de estas dos autoras, resalta cómo existe más allá de todo esto una perspectiva en cierto modo amable del exilio, concebido este como el fin último de un viaje esencial, la etapa concluyente de un peregrinaje, analizado tanto por Arendt como por Zambrano como un estadio superior que solo es posible alcanzar por medio del “rito iniciático” (Amarís, 2021: 139) del camino. Esta iniciación, que culminará en el llamado “exilio logrado” (Amarís, 2021: 61), constituye un nomadismo transformador, una conducción hacia la metamorfosis verdadera, una “experiencia trascendental” (Amarís, 2021: 137), un “tránsito, camino, cruce fragmentario y polifónico” (Amarís, 2021: 138), que desemboca finalmente en una revelación que en cierto sentido guarda relación con la tríada mística y con sus vías purgativa, iluminativa y unitiva.

De esta forma, si prestamos atención a la perspectiva iniciática que Amarís Duarte analiza en la obra de Hannah Arendt, advertimos que la pensadora judía concibe la diáspora como un espacio nómada de posibilidades, como vemos cuando envía “una carta a su tutor y confidente Karl Jaspers en pleno exilio neoyorkino, alegando que, en su opinión, la única existencia humana decente es aquella que solo es posible desarrollar en los márgenes de la sociedad donde el individuo corre el riesgo de morir de hambre o de ser apedreado hasta la muerte” (Amarís, 2021: 10). Así, la incomodidad y el sufrimiento de la diáspora se conciben en cierto sentido como una promesa de que algo mejor se puede construir, como un camino de peregrinación paulatina desde las ruinas interiores hacia la posición trascendida del “exegeta por excelencia del libro de la historia” (Amarís, 2021: 123), de un libro abierto que solo el que ha alcanzado este estadio es capaz de leer. Es así como, bajo la apreciación de que la combinación de la condición de judío y de exiliado conduce a la posición del paria, Arendt considera

que el primer estadio de este rito iniciático es el del “refugiado judío” (Amarís, 2021: 123), que por medio de una serie de características (Amarís, 2021: 84-85) —debe ser habitante de dos mundos, en el sentido de que debe conservar su heterogeneidad y conseguir mantenerse como un paria verdadero frente al judío *parvenu* o advenedizo, que se asimila rompiendo todos los lazos identitarios que lo unen a su comunidad; debe esforzarse por alcanzar la verdad rebelándose contra lo superficial; debe mostrar la sensibilidad de un corazón comprensivo; debe comportarse con fidelidad a la comunidad; y debe protagonizar una “vanguardia valerosa” (Amarís, 2021: 85), consiguiendo así alcanzar la transculturalización y el mutuo enriquecimiento sin renunciar a su pasado— llega a convertirse en un “paria consciente” (Amarís, 2021: 123) dentro de la escena política, que sería el correlato del exiliado de María Zambrano. Así, si relacionamos la visión arendtiana con la zambraniana, la concepción amable y renovadora del exilio la vemos en confesiones de la malagueña como “Amo mi exilio” (*apud* Amarís, 2021: 8) o como “Yo no concibo mi vida sin el exilio; ha sido como mi patria o como una dimensión de una patria desconocida, pero que, una vez que se conoce, es irrenunciable” (*apud* Amarís, 2021: 135). Y el camino de peregrinaje hacia la revelación se configura nuevamente por medio de tres fases o vías de acceso hacia el exilio logrado, que son la del refugiado —que vive de los recuerdos y concibe el camino a la trascendencia como una promesa todavía lejana—, el desterrado —que aún sigue soñando con el regreso, pese a encontrarse en un estado mayor de revelación que el refugiado— y la del exiliado —que ya ha consumado esa iniciación y ha alcanzado su vida auténtica en un momento en el que no la estaba buscando—.

Una vez cumplido este proceso, este “acontecimiento propiciatorio e iniciático” (Amarís, 2021: 9) en el que deriva la “experiencia diaspórica” (Amarís, 2021: 9), se alcanza el lugar en construcción de los exiliados, el espacio de un “pensamiento fronterizo, caracterizado por un deliberado desarraigo y descentramiento” (Amarís, 2021: 136), la verdadera “morada, que se presenta como el ‘sexto continente’, la Patria perdida y reganada tras el tiempo del exilio” (Amarís, 2021: 65). De esta forma, los iniciados de Zambrano, al “alcanzar el grado de conciencia superior, sirven de antorcha para el resto de la humanidad” (Amarís, 2021: 74), del mismo modo que, en la percepción de Arendt, “como una centella, el paria ilumina el espacio que habita, prendiendo conciencias a su alrededor” (Amarís, 2021: 85), ya que se concibe a este “exiliado paria como vanguardia lúcida del mundo” (Amarís, 2021: 119), capaz de entregarle algo distinto. Sería este un camino vertical a las profundidades del pensamiento mismo, un “viaje espeleológico hacia el centro con la certeza de que, tras el enterramiento, llegará la aurora” (Amarís, 2021: 165). De esta forma, se fragua una inmersión, una bajada iniciática hacia el mundo de las tinieblas, un adentramiento hasta los ínfimos del ser, un descenso a la matriz de la propia mismidad, un lugar en el que permitir que el Yo se disuelva por un momento para asistir a un “juego reflectante de desvelamientos” (Amarís, 2021: 186) en el que encontrarse con el Otro, con el verdadero contrapunto de uno mismo, con esa identidad proyectada hacia la alteridad, como una cruz o una reflexión del espejo que hace que ese descenso rebote hacia el ascenso, continúe con su camino *per aspera ad astra* para explorar así una “fenomenología de la luz” (Amarís, 2021: 117), que en cierto sentido “recuerda al itinerario místico en el que el descenso a la noche oscura, con

su trabajo activo de purgación, se ve gratificado por la anábasis, el ascenso a las luminarias de la unión mística en la que el alma queda ya sosegada y totalmente ofrecida a la revelación del amado” (Amarís, 2021: 151), como una unión del abajo y el arriba, de la sombra y la luz, que acaba por confluir en una “percepción armonizadora de la realidad” (Amarís, 2021: 72).

Esta percepción armonizadora, además, vemos que basa su forma de construcción en los entrecruzamientos, asociados al símbolo zambrano de la “cruz del exilio” (Amarís, 2021: 6), que concibe la verticalidad del ser precisamente como un punto de unión entre lo humano y lo divino, por medio del eje de la trascendencia, e interpreta su horizontalidad con el carácter dialógico de la palabra que se entrega. Pero María Zambrano, además de centrarse en esta cruz, considera que el sacrificio del ser errante hacia la condición del exiliado es una suerte de *via crucis* en el que confluyen de alguna manera la muerte del ser vivo y la resurrección desde las tinieblas, quizás simbolizadas por medio de la imagen de ese “espejo justiciero” (Amarís, 2021: 199) que conduce a un “acercamiento alternativo” (Amarís, 2021: 199), a una “filosofía del saber mirar” (Amarís, 2021: 197), paralela a la *weltansicht* (Amarís, 2021: 89) de Hannah Arendt.

Cabe destacar, si nos centramos en el ámbito biográfico, cómo ambas autoras muestran también confluencias vitales en algunos aspectos. Ya hemos comentado la del exilio, pero como nexos de unión biográficos también tenemos la presencia de un ama que cría a cada una de ellas, la excelencia académica de ambas, la elevada admiración que sienten por sus maestros, su carácter enfermizo—Hannah Arendt permanece varios días en coma tras un accidente y María Zambrano sufre con cuatro años un colapso en el que se considera que está muerta y más adelante padece tuberculosis—, el autodidactismo, su concepción de un mundo andrógino en el que los antagonismos se complementan—como acabamos de advertir en los entrecruzamientos—, su interés por otras figuras similares a ellas—Arendt analiza la vida y la obra de Rahel Varnhagen y Zambrano constantemente alude a Antígona— y el choque lingüístico que ambas sufren en su exilio. El choque de la lengua, que nos interesa especialmente en lo que concierne a la escritura, se hace patente en ambas cuando cruzan la frontera, porque supone la primera situación violenta a la que se enfrentan tras su marcha. Así, en un lugar desarraigado y excéntrico—en el sentido de que ambas se han salido del centro y del radio en torno a los cuales giraban las circunferencias de sus vidas— María Zambrano se ve obligada a hacer “manualidades con el idioma” (Amarís, 2021: 128) al llegar a Francia, tal y como expresa en un poema escrito en francés al adentrarse en París, donde muestra el choque lingüístico, y Hannah Arendt trabaja en un constante bilingüismo en el que el alemán, su lengua materna, se convierte en la lengua del pensamiento, que actúa como morada, como la patria que no pudo ser tal, y el inglés se convierte en la lengua de la política, que actúa como un hospicio. En cualquier caso, si bien el conflicto lingüístico es un nexo de unión entre ambas, pronto advierten que lo importante es el lenguaje y, a modo de autoras de la memoria, emprenden el “acto catártico de escribir, de escribirse” (Amarís, 2021: 94).

Dentro de esta escritura nos encontramos con un imaginario simbólico en el que Olga Amarís Duarte también analiza una serie de correlaciones, estableciendo la imagen del corazón como nexo entre ambas autoras. En María Zambrano la “metáfora del corazón” (Amarís, 2021: 153) viene

asociada a una de las claves del entendimiento de su razón poética, mientras que en el caso de Arendt nos encontramos ante una imagen que representa la sede del sentir y de una intelección no racional, cercana a la imaginación, los sueños, la fantasía y las emociones, y que sería por tanto un “corazón comprensivo” (Amarís, 2021: 71), relacionado también con la visión del amor que tiene nuestra autora judía, que habla del *amor mundi*, estrechamente vinculado al conocimiento intenso del objeto amado, algo muy próximo a la percepción que Hannah Arendt tenía de los cuidadores, amantes y pedagogos, lo que explica que sintiera un “afecto muy especial por sus mentores” (Amarís, 2021: 16) y que el enamoramiento la condujera a continuar con el proceso creador. Este *amor mundi* sería el correlato de la piedad zambraniana, que se presenta “como matriz original de una fuente de conocimiento sintiente del enigma profundo del otro” (Amarís, 2021: 186), heredera de la *eusebeia* y la *pietas*.

Otro símbolo frecuente en las obras de ambas autoras es el de los espacios aislados, que en Arendt vemos reflejado en el desierto, que se convierte en el “*átomos* ideal para ubicar el no lugar del exilio” (Amarís, 2021: 120), mientras que “el exiliado crea islas, dice Zambrano, instaurando una patria flotante que nunca permanece en el mismo lugar, sino que va a la deriva, conformándose de su forma sucesiva a partir de un primer boceto” (*apud* Amarís, 2021: 214). De esta manera, el mundo aislado se configura como promesa de la futura fundación de otro espacio más esperanzador, como lugar de apertura, como intersticio por donde podrá filtrarse una nueva posibilidad hacia la realidad trascendida y sublimada del exilio, hacia el alumbramiento del pensamiento y de la palabra poética, que vemos en la perla arendtiana y en el claro del bosque zambraniano. Así, “el referente directo de la palabra petrificada de la razón poética es la imagen de la perla, que en el ideario de Hannah Arendt resulta de la cristalización de la palabra poética” (Amarís, 2021: 166), ya que no es sino el sedimento del pensamiento de las tinieblas en un tesoro precioso, en una nueva luminaria, semejante a ese claro del bosque en el que María Zambrano, desde su escritura en una “pequeña casa-convento abandonado, catacumba, gruta, madriguera, choza, nido, cenobio, granja, cámara de tortura, jaula” (*apud* Amarís, 2021: 11) que podemos asociar a esa isla, tras una catábasis que conduce a su posterior anábasis, despierta hacia el estado trascendido y encuentra en el vacío a la palabra liberada del lenguaje, acercándose entonces al “adentramiento en la claridad de la iluminación” (Amarís, 2021: 154) y ascendiendo por medio del libro al conocimiento del claro de la razón poética.

De esta forma, advertimos cómo, pese a que nuestras autoras nunca llegaron a conversar entre ellas, Olga Amarís Duarte ha puesto sus obras, sus vidas y sus imaginarios simbólicos en un constante diálogo tanto literal como metafórico, que ha aunado en una armonía total y esférica dos voces que, tras haber alcanzado el exilio logrado de su luz, se han abrazado mutuamente en la revelación de este delicioso contrapunto poético.

Celia CARRASCO GIL  
Universidad de Zaragoza